

rió que formaban parte de su fantasía, o que en su caso fueron lecturas puestas al servicio del instante —como conciencia en que se hace el poema, aun de la tensión lírica interior— que también es mental— anterior al poema. Existe un pensamiento poético que cobra vida en el instante de la composición y al cual sin duda hay que enmarcar en el pensamiento general sobre la vida, pero que, aun en el caso de la metafísica privada, no es reflexión: “El pensamiento poético —dice Machado—, que quiere ser creador, no realiza ecuaciones, sino diferencias esenciales, irreductibles; sólo en contacto con lo otro, real o aparente, puede ser fecundo. Al pensamiento lógico o matemático, que es pensamiento homogeneizador [. . .] se opone el pensamiento poético, esencialmente heterogeneizador”. Hay que decir que si bien acertó Machado en la invención de Mairena (las palabras transcritas son de éste), no llegó a convertirlo en la figura auténticamente moderna del heterónimo; con voz distinta, como en el caso del portugués Pessoa.

Estudios como el clásico de Ramón de Zubiría sitúan más coherentemente el problema: “Poesía y filosofía se mueven, pues, en direcciones contrarias y sus instrumentos operatorios tienen que ser, por consiguiente, opuestos e irreconciliables. El filósofo opera por medio del pensamiento lógico; el poeta por el pensamiento poético”. Y a lo que Mairena llega con la ayuda de la reflexión no es a la certeza o la fe sino a la duda; hay sí, allí, una tabla de consejos y senten-

cias para ejercer el oficio de vivir y aceptar el ser, no para hacer claridad sobre él. Los términos reflexión y poesía parecerían traducirse en una fórmula personal según el planteamiento del libro aquí glosado: Machado y Mairena o al contrario, cruzándose cada uno en la senda del otro.

JAIME GARCÍA MAFFLA

El arte de su tiempo y de su medio

Rhythmica sacra, moral y laudatoria
Francisco Álvarez de Velasco y Zorrilla
Instituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1989

Un libro ejemplar, modelo a la vez de investigación y de arqueología literarias, es la *Rhythmica sacra, moral y laudatoria*, oscura y lúcida y apasionante obra del poeta bogotano Francisco Álvarez de Velasco y Zorrilla, poeta del siglo XVII y algunos años del XVIII, quien singularmente combinara la acción en el mundo y la preocupación metafísica. Obra de excepción, sin duda, ante la cual hay que poner de presente el olvido por parte de la historiografía tradicional u oficial. En realidad, es hoy cuando viene a descubrirse y a editarse el libro calificado como “laberinto que se lee por muchas partes”, siendo su edición príncipe de 1703.

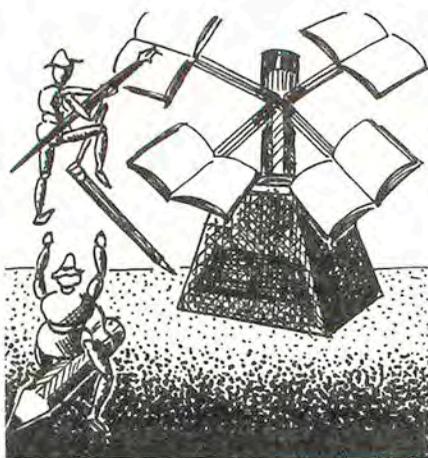
En el voluminoso ejemplar, el texto estuvo a cargo del investigador del Instituto Caro y Cuervo Ernesto Porras Collantes, algunas páginas liminares y las notas a cargo de Jaime Tello, y una presentación a cargo de Rafael Torres Quintero, en la cual dice: “Este libro que hoy entrega al público el Instituto Caro y Cuervo es el resultado de una ardua labor investigativa realizada en diferentes épocas, con largos intervalos y por distintas personas, desde el año 1955”.

Recalcamos que el interés primero está en el desconocimiento en que

hasta hoy se ha tenido a Álvarez de Velasco, con la consecuente ignorancia de su labor para el estudio no sólo de la poesía sino de la cultura y del ser coloniales, gracias a una vida que, por lo laborioso de su creación, debió consagrar a ella sus mejores horas. Es libro sugestivo como pocos, justamente en la hora en que Colombia, en sintonía con otros países de la América hispana, se empeña por vez primera en interpretar con rigor su pasado, y cuando la poesía está volcada con preferencia a la leyenda, a las cosas antiguas o lejanas.

Está el suceso mismo de la edición: “Con esta edición —añade Torres Quintero—, minuciosa y profundamente anotada, aspira el Instituto a dar un nuevo aporte a la historia de la cultura en la época colonial, como lo ha hecho ya con publicaciones anteriores. Baste mencionar el *Antijovio* de Jiménez de Quesada, las *Obras* de Juan de Cueto y Mena y de Domínguez Camargo, la *Láurea crítica* de Fernando Fernández de Valenzuela y *El desierto prodigioso* de don Pedro Solís y Valenzuela”. Está, pues, en primer término la reconstrucción de época en el más ajustado sistema de referencias y de fuentes, huellas y datos. El estudio preliminar de Jaime Tello intenta recuperar la imagen del hombre y explicar en él al poeta en unión con el arte de su tiempo y su medio, así como las relaciones con la poesía americana y de lengua española.

Ernesto Porras Collantes, quien da fin a la edición, se acerca más al personaje y a su creación, no más detallada sino más ampliamente e intentando ya, sobre la descripción, un esbozo de interpretación o una explicación primera válida para poesía nuestra colonial toda, con la más fiel historia del texto y de la crítica que en el pasado lo acompañara, las noticias de su existencia y su ignorancia, debida acaso a su extraño carácter: “...obra bibliográficamente curiosa, como lo es, también literariamente. Es notable el desorden, en parte real y en parte aparente, en que se presenta el contenido de la obra y su paginación; al mismo tiempo, se hace difícil establecer el lugar de impresión y fecha en que fuera impresa la obra en forma definitiva”.



Inicialmente, se trata de la poesía como material para la historia de la cultura, pues el desconocimiento de la obra hizo que no tuviera influjo en la evolución del lenguaje poético en Colombia, aunque sí es muestra y señal inapreciables de la inclinación intelectual de entonces. Poeta, como se lo ha calificado, de vida prosaica, cultivó con especial tino y destreza, aun maestría, las formas métricas clásicas, las tradicionales de cuño anónimo y las innovaciones del Siglo de Oro español; de especial interés es decir que se trata de un poeta "conceptista"; en la hora y ambiente en que Hernando Domínguez Camargo habría de ser culterano y "gongorista", escribe, bajo la influencia directa de Quevedo y de sor Juana Inés de la Cruz, a quien compara con la monja medieval Roswita: elegías decámetros, silvas, sonetos, madrigales, romances. "De actitud senequista —apunta Jaime Tello— es el hermoso poema *Definición de la vida*, una silva que comienza así:

*O vida, O vida, muerte dilatada,
Libertad oprimida,
Mazmorra celebrada,
Perspectiva de sombras colorida,
Venenosa hechicera musaraña,
Torreón de telaraña,
Comedia en la horca, música de
cadahalso,
De tímida vicuña cerco falso,
Engaño de viril, cuyos colores
Del iris imitando los fulgores,
Quanto más falsos a la vista
admiran,
Tanto más en las manos se
retiran".*

Admira e impresiona a la vez la actualidad de Álvarez de Velasco en lenguaje y actitud, así como en la interpretación misma de la vida en una obra poética que alcanza la abstracción al transfigurar los motivos cotidianos en materiales de su fronda. Su visión es a la vez mística y picaresca, realista dentro del más profundo sentido religioso, que utiliza la imaginaria de época y los tópicos del ascetismo.

En cuanto hombre, su pasión por la realidad es muestra no del Siglo de Oro sino de nuestra capacidad de ser medievales después del Renacimiento. Fue un poeta viajero, administrador de bienes y meditador de verdades eternas, profundamente ligado a Colombia y a su paisaje humano y natural. "Hemos visitado la sufrida construcción de san Agustín, en busca de la capilla de Nuestra Señora de la Gracia. Recortada y casi disimulada, detrás del altar mayor, hacia el costado occidental del templo, aún se encuentra el lugar donde acaso reposan, junto a los de doña Teresa y don Gabriel, los huesos del viajero poeta don Francisco", consigna en su libreta de apuntes Ernesto Porras Collantes, quien celosamente y en forma íntegra nos rescata hoy tan singulares hombre y obra literaria.

JAIME GARCÍA MAFFLA

Otro tomo por Cobo

La narrativa colombiana después de García Márquez

Juan Gustavo Cobo Borda
Tercer Mundo Editores, Bogotá, 1989.
343 págs.

Durante el decenio que terminó se publicaron más de trescientas novelas de autores nacionales, y ahora muchos novelistas han asumido profesionalmente su oficio. La variedad de temas y formas es tan acusada y la calidad de algunas novelas tan sobre-

saliente, que ya podemos afirmar, sin complejos, que nuestra narrativa participa, en condiciones de igualdad, en el diálogo universal de la cultura.

En cambio, nuestra crítica literaria no ha evolucionado en la misma forma. Desafortunadamente, muchas obras de creación se quedan sin estudios o reseñas, y los trabajos totalizantes son escasos. Sólo unos cuantos investigadores ofrecen visiones de conjunto sobre los últimos decenios: Seymour Menton (*La novela colombiana: planetas y satélites*, 1977), Raymon L. Williams (*La novela colombiana: la experiencia de los setenta*, 1980), Isaías Peña Gutiérrez (*La narrativa del frente nacional*, 1982), Diógenes Fajardo ("La narrativa colombiana de la última década", *Revista Iberoamericana*, núm. 141, 1987), Francisco Sánchez Jiménez ("Críticas y ficciones", *Gradiva*, núm. 2, 1987), César Valencia Solanilla, Ricardo Cano Gaviria y Helena Araújo (*Manual de literatura colombiana*, 1988), Eduardo Jaramillo, ("Alta Tra(d)ición de la narrativa colombiana de los 80", *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*, núm. 15, 1988).

A esta lista no muy extensa podríamos sumarle ahora el nuevo título de Cobo Borda, que, aunque no está totalmente dedicado a la narrativa (ya que es una colección de artículos sobre varios temas), sí trae comentarios acerca de los nuevos hechos que se presentan en el género.

En primer lugar, el autor confirma lo que tan insistentemente se ha venido diciendo: uno de los rasgos más sobresalientes de la nueva narrativa colombiana es la influencia de *Cien años de soledad*: "Como Dios, como las trasnacionales, García Márquez está aquí y está en todas partes [...] es obvio entonces que su presencia, como rémora o como aliciente, se vislumbra detrás de muchos de los libros de ficción que se escriben en el país, y que su estilo resulte fácilmente detectable...".

Esta influencia aparecería no sólo en quienes escribirían novela con posterioridad a 1967 (Pedro Gómez Valderrama, Álvaro Mutis, Álvarez Gardazábal), sino también en las obras subsiguientes de escritores que ya ha-